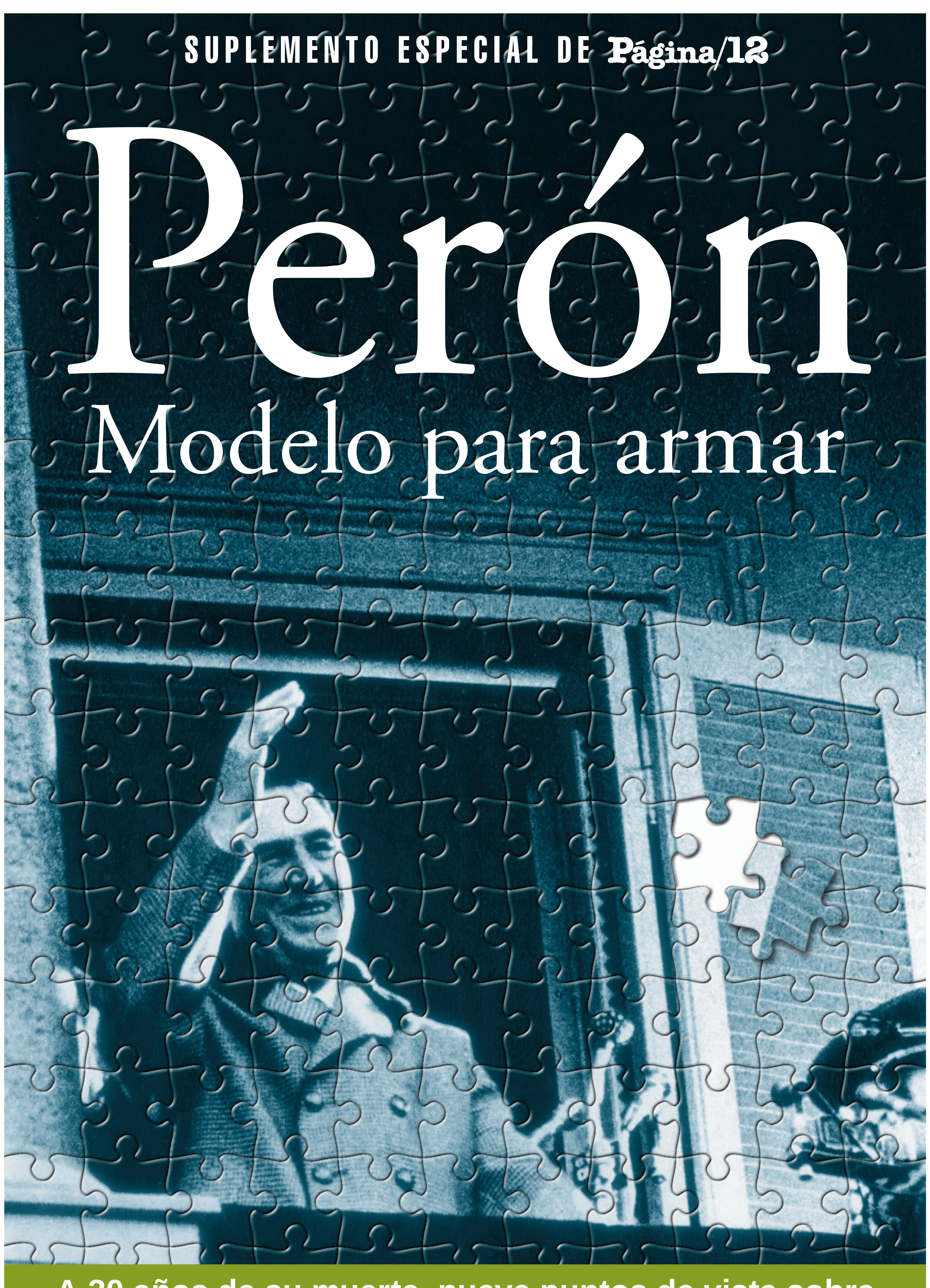
SUPLEMENTO ESPECIAL DE Página/12

Perón

Modelo para armar



A 30 años de su muerte, nueve puntos de vista sobre su lugar en la historia y la actualidad del país

Escriben y opinan: ***Osvaldo Bayer, Miguel Bonasso, Luis Bruschtein, Ema Cibotti, José Pablo Feinmann, José María Pasquini Durán, Aurora Ravina, Ricardo Sidicaro, Mario Wainfeld***



Contracaras

POR J. M. PASQUINI DURÁN

¿A cuál Perón hay que evocar hoy, treinta años después de su muerte? ¿Al que alentaba a los muchachos de las "formaciones especiales" o al que expulsó de la Plaza de Mayo a "esos estúpidos imberbes", dos meses antes de morir? Tal vez sería oportuno recordar una sentencia que se atribuyó al ex presidente Héctor J. Cámpora, aunque no existe evidencia que autentifique el origen: "Dicho con todo respeto, el General no quería a nadie". En contrapartida, fue el político más querido por el mayor número de argentinos durante la segunda mitad del siglo XX.

Militar de carrera, sin embargo tuvo el genio político de utilizar al Estado para crear sindicatos y generar un movimiento popular de tanta potencialidad que sobrevive hasta ahora, aunque invertebrado y en fragmentos dispersos, pese a lo cual en sus distintas versiones sumó alrededor del 60 por ciento de los votos en abril de 2003. En la iconografía de las bases peronistas, el sitial de Evita, compañera de los años fundacionales, relumbra con tal luz propia que opaca incluso la memoria del General. En ese santoral laico no tienen lugar sus laderos de los últimos años, Isabelita y López Rega, personeros patéticos de una sucesión perversa.

Perón era sentencioso al hablar, igual que algunos viejos criollos, y en sus frases chisporroteaba el ingenio y la astucia del líder pragmático. "No fuimos tan buenos –solía repetir para referirse a los primeros años de sus tres gobiernos, a finales de los años '40, la época dorada que impregnó el imaginario colectivo–, pero los que vinieron después eran peores." Tenía razón: la supervivencia misma del peronismo en las actuales condiciones es una prueba del fracaso, sobre todo del centroizquierda, para capturar la adhesión de esas masas en una dirección diferente.

No es que faltaran intentos de heredar lo que natura non dio. Más de uno, militares y civiles antiperonistas inclusive, soñó con adueñarse del balcón de la Casa Rosada por derecho propio y con alguna versión en su homenaje, así fuera módica, de otro 17 de Octubre. Es curioso que los conservadores y antiperonistas imaginen en la actualidad que Néstor Kirchner, peronista de toda la vida, es el que más se acerca a repetir el fenómeno, en sus debidas proporciones, a través de la "demagogia populista", a pesar de que es el presidente de esa filiación partidaria que menos invoca –podría decirse que nada– los ritos, símbolos y alusiones a Perón y Evita.

Los fundamentalistas de la antinomia peronismo-antiperonismo, como les sucede a todos los que se cristalizan en el tiempo, han extraviado la visión de una sociedad para la que también pasaron tres décadas intensas. No es cuestión de discutir si hay más o menos peronistas, cuando el liderazgo desapareció y se quebró la disciplina partidaria, a tal punto que no hay un solo político que pueda considerarse dueño de los votos que cosechó en la última elección. Por lo demás, hay que repasar los temas del día que preocupan a la mayoría de los ciudadanos, más allá de sus banderines de partido, para darse cuenta de que este aniversario tiene mucho más de gestualidad periodística rutinaria que de efectivo duelo popular. En estas décadas hubo (hay) tantos motivos para llorar, que hasta las lágrimas hay que ahorrarlas para los que las merecerán mañana.





Fue el único argentino que llegó a ser presidente tres veces, todas ungido por el voto popular. Hipólito Yrigoyen y Carlos Menem lo lograron en dos ocasiones. Julio Argentino Roca también, pero lo suyo no cuenta, pues sucedió en tiempos de sufragio calificado y matufias. Ese record de legitimidad le bastaría a Juan Domingo Perón para ser el político argentino más importante del siglo XX. Pero hay más, esencialmente la perduración de su endiablada fuerza política. Su partido sigue existiendo, y sigue llevando su nombre. Una hazaña casi sin parangón en el mundo entero. Por algo será, por sus virtudes... o porque, como él mismo dijo (Perón habló de todo durante mucho tiempo), el peronismo no habrá sido gran cosa pero sus adversarios, puestos a gobernar, fueron peores.

Construyó su primera presidencia desde el gobierno, un detalle que inscribió en el código genético del peronismo. Esa primera victoria, en 1946, fue un batacazo, pues su oposición era cabalmente todo el derruido sistema político que le preexistía. La reelección en 1952 y el triplete volviendo del exilio en 1973 fueron, en cambio, goleadas anunciadas. El, que siempre habló de todo, describió que su primer triunfo llegó de la mano de los hombres, y profetizó que el segundo vendría de la mano de las mujeres (que lograron derecho a votar en 1951), y el tercero se lo brindarían los jóvenes. Algo así ocurrió, si se admite que la política de masas incluye simplificaciones grossas.

Un economista talentoso y omitido, Enrique Silberstein, escribió allá por los '70 que Perón "seguía siendo Perón" merced a sus políticas de los años '43 al '45, cuando manejó la Secretaría de Trabajo y Previsión de un gobierno de facto, tan militar como él mismo. Según el atendible razonar de Silberstein, lo esencial del peronismo se urdió en dos años. El aguinaldo, la indemnización por despido, las vacaciones pagas, la creación de una Justicia laboral, entre otras medidas, fueron las que generaron entre ese coronel y un proletariado en plan de urbanización un lazo eterno. El 17 de octubre de 1945 ese pueblo parió a su conductor.

Ese coronel de formación militar clásica y derechosa miró para abajo (no le era tan molesto) y vio una clase social: hombres que habían migrado de surtidas provincias al Gran Buenos Aires, que trabajaban en fábricas muy similares, vestían muy parecido, abarcaban una banda salarial muy estrecha, tenían homogéneas ambiciones y códigos de vida. Les dijo "compañeros" y se proclamó trabajador como ellos. Milico hecho y derecho, no les hizo asco a las transgresiones: se despojó del saco y se casó con una plebeya, provocativa y guarra, plena de pasión y de productivo resentimiento. Se llamaba Eva Duarte, ardía de fervor militante y vivió mucho menos que él.

Lenin definió la revolución socialista como "soviets más electrificación". Perón, que era un reformista del capitalismo, construyó su pro-

El único argentino que fue tres veces presidente

POR MARIO WAINFELD

yecto mezclando justicia social y chimeneas humeando. En su tiempo se construyó el más amplio Estado benefactor de América latina, los trabajadores lograron la mayor participación en el ingreso de la historia nacional. Algunos le reprocharon haber impulsado la industria liviana, ligada al consumo interno, en vez de promover un desarrollo más sólido consolidando la industria pesada. Pero la industria liviana y el consumo eran los garantes del consenso basado en la inmediata distribución de la riqueza. La "grandeza de la nación", que siempre quiso construir, se edificaba al unísono de "la felicidad del pueblo" y no sobre sus sacrificios. Le reprocharon ser demagogo, le reprocharon ser imprevisor, pero el hombre pensaba así y así como fue lo votaron a cuatro manos los varones y las mujeres de dos generaciones.

Llegó a la política bien entrada su madurez, en un tiempo de "constructores de naciones". Los dirigentes siempre son parientes de sus contemporáneos, aunque no reparen en ello y el Perón de los '40 y los '50 no fue una excepción. A partir de la crisis mundial los países capitalistas se propusieron reformas económicas potentes, intervencionismo estatal, protección a los trabajadores, generación de empleo. Y se fueron generando liderazgos de hombres con predicamento sobre sus masas. A su modo lo fueron Franklin Roosevelt, Charles De Gaulle, Juan Perón o el propio Fidel Castro. Fueron diferentes porque eran distintas sus circunstancias y sus países pero también tuvieron semejanzas chocantes. Eran líderes que explicaban la historia en largos discursos que siempre arrancaban desde el origen de la nación, y que transitaban un largo periplo hasta llegar a la coyuntura. Líderes que hablaban desde el balcón y que se valieron de los nacientes medios electrónicos, la radio o la tele. Líderes que pretendían encarnar a su pueblo. "Yo os he comprendido", les espetó De Gaulle a los franceses. Todos sus parientes de otras latitudes dijeron, y corporizaron, cosas parecidas.

Buscó construir un capitalismo autónomo, autárquico e igualitarista, pretensión que explicó con retórica cuasi bélica porque fue el suyo tiempo de intolerancias mutuas brutales. Quiso construir un país independiente aprovechando las tensiones entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Es interesante señalar que, siempre atento a la política internacional, cometió dos errores en su premonición de la historia. Allá por los '50 creyó que habría una tercera guerra mundial entre yanquis y soviéticos. En los '70, fascinado por una efímera ofensiva de los países petroleros, anunció que las naciones productoras de materias primas serían dueñas del futuro. En ambos casos le chingó fiero. Sin embargo, las traducciones operativas de sus predicciones eran más certeras que éstas, pues siempre iban en el camino de consolidar la independencia y el control de las riquezas nacionales.

Su segundo gobierno fue un bajón. La muerte de Evita, ocurrida en 1952, pareció privarlo de vitalidad. La crisis económica minó su consenso. Pero básicamente, visto en perspectiva, lo esencial fue que el peronismo no quedó en calidad de gerenciar una sociedad más moderna que la que encontró en los '40. La agresión a los sectores medios, según comentó inmejorablemente Arturo Jauretche, resultó un error político. El culto a la personalidad, que nunca fue escaso, creció a niveles paródicos. En 1955 Perón cayó como otros tantos líderes latinoamericanos. Y allí comenzó a escribir, con la involuntaria complicidad de los "gorilas", una historia formidable. Exiliado él, proscripto el peronismo, prohibida la entonación de la marchita partidaria, se enancó en una lucha popular asombrosa, una resistencia que tuvo miles de cabezas y de protagonistas, pero que Juan Domingo Perón, desde geografías exóticas, logró cifrar. Ser peronista, entonces, lo resolvieron de consuno Perón y millones de peronistas, era una definición política y no ideológica. Era oponerse, en todo o en parte, desde el reformismo o la intransigencia revolucionaria a los gobiernos de turno.

Modificó en parte su discurso, lo adecuó al tono insurgente de la época. Aprendió de sus seguidores, asumió el relato del revisionismo histórico en el que se había nefregado cuando gobernaba. Rescató, andando los años, al general Valle, cuya insurrección miró de entrada con desdén y lejanía. Consintió rebeldías y herejías varias, todo sumaba para volver. La lucha política era intransigente, casi a muerte. La Argentina peronista, su básica estructura productiva y social, no había cambiado tanto. Casi nadie registraba estos datos, por entonces.

El retorno de Perón a la Argentina y al poder es tardío y doloroso. La prédica del General siempre albergó una contradicción, tal como explicó el sociólogo Horacio González: convocaba a la unión nacional y al mismo tiempo cavaba trincheras. Esa tensión se aceleró en el '73. Perón proponía una agenda que hoy llamaríamos socialdemócrata. Alababa a las "democracias integradas" europeas, se interesaba por el equilibrio ecológico, avizoraba la "universalización" y propugnaba la unidad sudamericana. Pero al mismo tiempo se inscribía en la feroz interna de su movimiento. Reemplazaba la prepotente frase "para un peronista no hay nada mejor que un peronista" por la ecuménica "para un argentino no hay nada mejor que otro argentino". Predicaba templanza en medio de una cinchada que pronto se hizo balacera. Jugó para la derecha de sus huestes cuando desplazó a Héctor Cámpora. Llegó a su tercera presidencia, viejo, entornado por un séquito ominoso, a quien derivó inmerecido poder político. Lo votó una mayoría aplastante que incluía a jóvenes revolucionarios y a conservadores que acudían a él como última reserva de cierto orden. Iba camino a defraudar a todos, no sólo por límites propios, sino por haber caducado una época. Pero falleció.



Algunas señales inducen a aceptar que fue un "hombre del destino". Era buena fortuna tener ese apellido, tan accesible a la rima. Hasta su muerte le llegó a tiempo, antes de que su gobierno terminara de desbarrancarse. Se venía la ofensiva imperial y no había con qué darle, menos aún con un "campo nacional" convertido en un berenjenal. Era momento de dictaduras y no de liderazgos populares. La dictadura se ensañó con la estructura socioeconómica legada del primer peronismo y con la trama resistente y militante que acompañó su regreso al poder. Algo habrá tenido de bueno el peronismo si mereció tal enemigo. Algo habrá tenido de malo si también revistó en sus filas: durante la dictadura el peronismo estuvo en ambos extremos de la picana.

A los líderes como Perón se los llamaba populistas porque creían en el pueblo como sujeto de la historia. Con el tiempo se identificó esa visión ideológica con la demagogia, desde la arrogancia propia del posmodernismo o desde la rústica astucia del neoconservadorismo.

Fue un orador notable, dotado de sarcástico ingenio. Combinaba invectivas plebeyas, jerga militar y arcaísmos castizos que eran saludados por multitudes que lo adoraban y escuchaban con unción.

Dijo tantas cosas, ineludibles treinta años después. También sandeces, provocaciones, refranes pródigos en sentido común. Puesto a elegir lo mejor, este cronista rescata su póstumo testamento "mi único heredero es el pueblo" aun asumiendo que el hombre había dejado albaceas poco recomendables.

Y, antes que nada, se le pone la piel de gallina cuando evoca esa frase pronunciada el 12 de junio de 1974, 19 días antes de su muerte, que seguramente intuía o conocía. La enunció desde el balcón que fue suyo durante casi 30 años. "Yo llevo en mis oídos la más maravillosa música que, para mí, es la palabra del pueblo argentino", afirmó. Y hay quien piensa que se llevó la música puesta nomás.

Nada ha quedado claro

POR OSVALDO BAYER



La despedida a Perón, con los dedos en alto.

A treinta años de la muerte de Perón, nada ha quedado claro. Las interpretaciones varían desde las expresiones más exaltadas de veneración –de nuevos y antiguos intelectuales peronistas– al gorilismo más desagradable e irracional. Estos últimos hasta empatan con la expresión más orangutana de todas las épocas, aquella de Ernesto Sabato en su libro *El otro rostro del peronismo* cuando escribió: "Perón era un resentido, como buen hijo natural que era".

La Historia juzga a los hombres y sus ideas por lo que dejan. Esta, la Argentina de hoy, es un producto de dos partidos políticos: radicalismo y peronismo, de 14 dictaduras militares y de aquella mezcla poco moral de la Década Infame llevada a cabo por conservadores y radicales antipersonalistas. Perón y el peronismo surgieron como consecuencia del golpe militar de junio del '43, encabezado por el general Ramírez. Y del cual fue ministro de Justicia y Educación el general Elbio C. Anaya, fusilador de obreros rurales –sin juicio previo– de la Patagonia del 21-22.

Perón va a provocar un cambio profundo en la Argentina. En su primer período va a implantar un populismo generoso –ayudado por la riqueza de divisas que dejó la Segunda Guerra– y luego seguirá el camino de todos los populismos. En ese populismo generoso contó con la ayuda admirable de su mujer, Eva Perón, personaje ajustado a ese populismo dadivoso y emocional.

Con la crisis habrá que ajustarse el cinturón y abandonar ciertos ideales. Por ejemplo, cuando se firmaron los famosos contratos con la Texas, que el nacionalismo no le va a perdonar. Ni la Iglesia Católica, que no le perdonará el divorcio. Cuando cae Perón, sin defensas, resulta difícil de explicar cómo un gobernante acostumbrado a la autoridad no fue capaz en los nueve años de gobierno de formar un ejército a su imagen y semejanza. No, finalmente triunfarán con facilidad los militares liberales –que ocupaban altos cargos en el Ejército y principalmente en la Marina. Y comenzará el dominio absoluto de las oposiciones y la reacción de la derecha económica.

Perón huirá en un tortuoso camino de estancias en dictaduras latinoamericanas de derecha y dependientes de Estados Unidos hasta que finalmente llegará a la España de Franco. Toda una definición.

A quien huía por la derecha comenzó a ser apoyado por la izquierda, inspirada en el latinoamericanismo y en la Cuba del Che Guevara. Los ideólogos de la revolución peronista-socialista de esa larga época del exilio franquista de Perón, a todos quienes les preguntaban ¿y por qué el peronismo?, le contestaban: ¿dónde está el pueblo? Bien, la respuesta, pero se olvidaban de que sí, el pueblo es peronista, pero no revolucionario. No se equivoquen. Mientras que el Ejército sí que se preparaba y se consolidaba como una fuerza represiva de extrema derecha que, a su regreso, Perón ni siquiera intentó modificar.

Ya todo estaba definido cuando Perón, en Madrid, eligió como lugarteniente a la figura oscura y criminal llamada López Rega. En sus filas estaban John William Cooke y Rodolfo Walsh, que querían y pensaban llevar la revolución con el pueblo peronista. Esos nunca fueron citados, a pesar de los juegos de Madrid. Cámpora sí, porque dejaba tranquilo a la juventud y era un cumplidor perfecto de las órdenes del General. Y todo resultó así. Triunfó la línea Perón-López Rega sobre la de Cámpora-juventud maravillosa. El cachetazo en pleno rostro fue la invención de la figura de Lastiri. Lastiri presidente, después de tantas luchas e ilusiones. Lastiri, cuyo único título era ser yerno de la rata policíaca. Fue la burla descarnada. Para este autor, un símbolo de lo que se veía: Lastiri prohibió su libro *Severino Di Giovanni*, toda una advertencia para los que se querían independizar de la línea Franco-Perón-López Rega. Cambiar a Cámpora, votado en las urnas, por Lastiri, fue un escupitajo al pueblo y una advertencia. Y después la fórmula Perón-Isabel, otro gargajo a la juventud pensante y a la intelectualidad peronista. Fue un tiempo de reafirmación reaccionaria y de capitalismo respetuoso y obediente. Hasta que sobrevino la suerte de la muerte del Hombre, ya con cadáveres izquierdistas en la calle. Idealistas, niños y apenas testigos. Al General se lo pudo enterrar sin tantos muertos en la calle. Después, ya el caos: Isabelita-López Rega y, un poco más allá, los individuos de siempre, ruckaufs sonrientes que ya abrían el camino a lo que quedaba por venir, el final con sangre, con mucha sangre. El fin del peronismo con Perón y después del precipicio, repetir la historia, radicales y peronistas. Pero esta vez peronistas selectos, fieles al sistema que nunca se derrumbó. Las sombras del capitalismo se fortalecieron y sobrevino el menemismo, con el retrato de Perón en la Casa Rosada y en la CGT de los gordos.

Un período histórico e histriónico argentino, para obtener conclusiones. Después de 88 años de gobierno de radicales, peronistas, de décadas infames y 14 dictaduras militares, tenemos cientos de miles de niños con hambre. Menem, De la Rúa y el intento suave y coqueto del transversalismo. No hemos descubierto todavía la verdadera democracia en casi un siglo de elecciones. Peor: cada vez más niños con hambre. A treinta años de la muerte de Perón.

Perón para iniciados

POR JOSE PABLO FEINMANN



La era dorada: Perón en Mar del Plata, la ciudad que recreó como capital del turismo social en el país que estrenaba vacaciones para todos.

1 No hace mucho un diplomático francés culto y apasionado con eso que Sarmiento, para exaltar al general Paz, llamaba las "complicadas combinaciones estratégicas de Bonaparte en Italia" (Paz era, para Sarmiento, la reencarnación de Napoleón en el Plata) habló de su héroe nacional y centró su genio militar en el principio de "economía de fuerzas". Estaba (yo) en la reunión y evité, para no complicar las cosas, decirle que para los pibes de la JUP (Juventud Universitaria Peronista) ese principio era harto conocido, pero no por Napoleón, sino por otro general cuyo apellido –parece que esto ayuda en la vida política y militar– terminaba también en ese sonoro "ón" que rima con lo que venga. De hecho, la palabra "corazón" servía para sellar cualquier pacto que hiciera Perón con quien se le diera la gana. Sólo había que poner "Perón" en segundo término y añadirle el giro "un mismo". Digamos que el General hacía un pacto con el dirigente metalúrgico Isidro Apichafatti de la ciudad de Rafaela, Santa Fe. Ningún problema: "¡Apichafatti, Perón, un solo corazón". Nunca: "Perón, Apichafatti, un solo corazón". Así no cerraba. Con el gran Corso, todo distinto. Cualquiera de los dos generales podía ir indistintamente primero o segundo: la rima se daba igual. "Perón, Napoleón, un solo corazón." Pero no sólo esto compartían. Algo más: uno había inspirado a Von Clausewitz, el otro lo había leído esmeradamente. De modo que cuando el diplomático francés preguntó si conocíamos el principio de "economía de fuerzas" me atreví a decirle: "Desde luego: siempre hay que ser superior en el lugar en que se decide la batalla". El hombre me mira algo absorto y le aclaro que leí algunas páginas de Clausewitz. Sí y no. Había leído los "Apuntes de historia militar" del mayor Juan Perón y además, en varios mensajes, cintas grabadas o documentos de "actualización doctrinaria", el General habla de ese principio. Fue el que le dio el éxito en 1945. Se lo venía dando desde 1943.

Veamos el panorama en que surge Perón y les gana a todos los otros. Es el país del fin de la Segunda Guerra e inicio de la posguerra. ¿Dónde está el centro de la batalla, dónde se decide? Para los "aliadófilos" hay que estar con las democracias occidentales. Hay que derrotar "en todos los frentes" al nazifascismo. El "centro" estaba "afuera" porque esa guerra se estaba ganando en Europa. Para Perón el "centro" está en la Argentina. En la "integración" de los migrantes internos al trabajo y la política. Conocido es el caso del gremio de la carne, cuyo dirigente José Peter (obedeciendo órdenes del Politburó soviético, aliadófilo por entonces) frena, en la Argentina, una huelga frigorífica porque los "Aliados, en Europa, necesitan carne para luchar contra el nazifascismo". Perón autoriza la huelga y se gana el gremio de la carne. Para los "aliadófilos" es un nazi porque no alimenta a los soldados de la democracia y la libertad. Para los obreros es un insólito milico que los escucha, los entiende y les autoriza una huelga y hasta les consigue un aumento de salarios. Para los aliadófilos la contradicción era democracia-fascismo. Para Perón la cosa no pasaba por ahí. Tenía que ganarse a la nueva clase obrera. Se iniciaba, con ella, una nueva etapa histórica en el país y sólo sería posible conducirla centrándola aquí, precisamente donde se iniciaba, en la Argentina. A los obreros argentinos no les preocupaba en exceso una guerra lejana que se libraba entre valores que desconocía (democracia-fascismo): querían trabajar, sindicatos, leyes laborales, vacaciones y una casa decente donde vivir. Al cabo, ya los radicales antipersonalistas de Forja venían diciendo: "No a la guerra imperialista. Los argentinos queremos morir aquí".

Para colmo, los aliadófilos sostienen una alianza que ya se quebraba en Europa (Patton quería invadir desde Berlín la Unión Soviética y solucionar todo de una buena vez, Churchill ya escribía su discurso célebre y definitivo sobre la "Cortina de Hierro") y se unen para la lucha contra Perón. La "Unión Democrática" es la hija perfecta de la concepción aliadófila. Ahí van todos juntos. La derecha como si desembarcara en Normandía. Los socialistas como si avanzaran desde la estepa, desde la gloria y el rencor de Stalingrado y entraran arrasadoramente en Berlín. Ponen a su frente –llegando así a las cumbres del Error– a un Eisenhower tosco y anacrónico: Braden. Todo mal. Perón larga la consigna "Braden o Perón" y los cabecitas (que no se sentían amenazados por el nazismo, que no habrían podido jamás cantar "La Marsellesa" en la plaza San Martín porque, de francés, nada) votan por el general que los escucha, que los entiende. Pero no por bueno ni santo ni revolucionario social. Los escucha, ante todo, porque sabe, como sabía Napoleón y había enseñado Clausewitz, que no hay que ser fuerte en todas partes, sino en el "lugar donde se define la batalla". Y la batalla se definía aquí. Así (inspirados por un gran general francés y un teórico prusiano de la guerra) nacen Perón y el peronismo.

2 El primero de julio de 1974 llego a Córdoba para dar una conferencia en la Facultad de Sociología cuya decana era Raquel Ferrario. Raquel había puesto en la puerta del decanato un cartel que decía: "Todo en su medida y armoniosamente", ganándose la inquina de todos los ultras. Yo estaba en Córdoba por dos motivos: porque vendía los cables eléctricos de nuestra (pequeña o mediana) empresa familiar y porque, como escritor de la revista *Envido*, ya empezaba a ser requerido para tales tareas. Al mediodía estaba en el decanato. La conferencia sería a las seis de la tarde. De pronto habla Isabel. Y dice, refiriéndose a Perón, "quien fue". No bien dijo "quien fue" estalló el decanato. "¡Se murió!", gritaron todos. Me dijeron rajate a Buenos Aires porque hoy en Córdoba empieza la guerra civil. Alguien añadió: "Aquí están todos armados". Un tipo de la facu, en un Citroën destartalado, me llevó hasta el hotel Sussex, donde yo estaba. Bajo y me dice: "Ojalá nos volvamos a ver". Me escucho decirle: "Puede ser. Pero, sea cuando sea, todo va a ser peor que hoy". Subo a mi habitación. Me tiro en la cama y paso el resto del día escuchando la radio. Solo, mirando el techo y oyendo miles de voces que dicen miles de cosas y presagian un futuro incierto. A la noche bajo al bar. Está casi a oscuras. No hay nadie. O sí: un tipo en la barra, solo, con un whisky delante y cruzando su mirada con la del barman. El barman ha hundido las manos en sus bolsillos, se ha recostado contra las botellas que dan color y brillo al bar y es flaco, arrugado y se ve tan triste que mete miedo. Me siento a la barra y le pido un Premiun etiqueta negra con hielo. El tipo no dice nada y lo prepara. Entonces, en voz baja, como si susurrara, el otro tipo, el que está en la barra, a mi lado, pregunta: "¿Y, don Luis? ¿Qué me dice?" El barman me sirve el whisky, piensa un poco y (con una amargura, un dolor y hasta una rabia contenida que yo, hasta ese día, como tantas otras cosas, no conocía) dice: "Que no hay Dios. Eso le digo".

A las diez de la noche sale un tren especial para Buenos Aires. Consigo un lugar en un cochecama. Por el pasillo corren desaforados unos militantes de la Juventud Sindical. Van a Buenos Aires. Van al entierro de Perón. Increíblemente, el tren es un jolgorio. Hay guitarras, cantan la marcha peronista, putean, se instalan en el salón comedor, siguen puteando, les dan comida. Ceno entre ellos y hablo y también me tomo unos vinos y hasta devoro una lengua a la vinagreta y unos ravioles. Vuelvo al camarote. Mi compañero de viaje se ha encerrado. Golpeo. "¿Quién es, qué quiere?", pregunta (muy) asustado. Le digo que soy yo, que me abra. Me abre y entro. El tipo tendrá cincuenta años, es gordito y pelado. Tiene miedo ("con toda esa negrada suelta, ¿quién puede estar tranquilo?"), pero se le da por hablar. "Bueno, ahora ya está, ¿no?", dice. "Se murió. No van a joder más. ¿Qué van a pedir ahora? Ahora se murió. ¿Ya está, no?" Desde el pasillo siguen llegando los ruidos salvajes de los pibes peronachos, todos malos, todos de la Juventud Sindical, con malos modales, con cadenas. Busco un lexotanil y me lo trago. Difícil que duerma.

3 Hipótesis de trabajo: durante su primer gobierno Perón no tuvo un solo antagonista a su altura. Sólo Evita. Su antagonista era Evita. Iba siempre más allá de dónde quería ir Perón. Además, no paraba de adularlo. Lo ahogaba con sus alabanzas. Cada alabanza, una exigencia. "Si yo digo que sos Dios, vas a tener que serlo", decía, secretamente, cada alabanza. Perón (instrumentando el odio de la oligarquía, de los militares peronistas, de los curas y hasta el cáncer como límite supremo) le oblitera la vicepresidencia. Cuando ella muere las adulaciones siguen. Pero los aduladores son enanos. No le exigen nada, sólo lo adulan. Evita le pedía que fuera más allá de sí mismo, como ella estaba dispuesta a hacerlo. Como no pudo hacerlo. Cuando ella muere, cuando ya nadie le exige como ella sabía hacerlo, desde, incluso, el antagonismo abierto y claro, Perón se opaca. Si con ella sólo a veces pudo ir más allá de sí mismo, sin ella retrocedió. Fue menos de lo que había sido, de lo que era y, sobre todo, de lo pudo haber sido.

4 Hipótesis de trabajo: Hitler les cede poderes a Ernst Röhm y las SA. Atención: dejar de lado las cuestiones ideológicas del asunto. Hablo de mecánicas de liderazgo político. (Digo esto porque me aburre el transitado símil Perón-Hitler. Esto se actualizó últimamente con las investigaciones de Uki Goñi, que están bien. Perón trajo montones de nazis. Como lo hicieron los yanquis y los rusos. Daniel Muchnik –en esa joyita que es *Negocios son negocios*– dice que, desde luego, el demonizado debía ser el importador de nazis del país más débil. A mí, cuando me hablan excesivamente de todos los nazis que trajo Perón, suelo decir: "Claro, y encima después los puso a todos al frente de los campos de concentración". El "nazificador" pregunta: "¿Qué campos de concentración?" Y ahí uno dice: "¿Cómo? ¿Era nazi y no puso campos de concentración como los liberales Videla y Massera?" Es largo y aquí no lo puedo tratar: Perón fue autoritario, tuvo influencias mussolinianas, usó la picana, la policía de Rosario mató al doctor Ingalinella, pero los "libertadores democráticos" que lo derrocaron arrojaron veintiocho cadáveres en el barro de José León Suárez, fusilaron y, antes, metieron bombas entre obreros y después bombardearon Buenos Aires. Nada de esto justifica la picana de Perón ni la muerte de Ingalinella, pero aleja y hasta lleva al ridículo la interpretación Perón-nazi derrocado por los demócratas del '55.) Vuelvo a Hitler y Röhm. Es una hipótesis y si me equivoco la retiro, pero abre el campo siempre fértil de las historias comparadas, que son una de las fuentes genuinas del conocimiento histórico. Hitler les da rienda suelta a las SA de Röhm, su grupo de choque. Sus "formaciones especiales". Mientras hay que golpear las sostiene, luego, cree, las controlará. Röhm, sin embargo, se toma las cosas demasiado en serio. Las SA pasan de 400.000 efectivos a 3.000.000 en 1933. Röhm pide una "segunda revolución". Las SA se llenan de comunistas. Las comparan –no sólo sus enemigos, los observadores imparciales y los temerosos también– con un bistec: "Marrón por fuera, rojo por dentro". El ejército alemán se alarma y le hace planteos a Hitler: Röhm se propone reemplazar la Wermacht. Röhm no lo niega. Quiere milicias populares, quiere profundizar el costado "socialista" del nacionalsocialismo. El vicecanciller Franz von Papen, en un gesto de inusual valentía en un imbécil como él, ruge: "¡No hicimos una revolución antimarxista para hacer ahora una revolución marxista!" Hitler –para acceder al pleno poder– debe aniquilar su ala dura. El loco de Röhm ha llenado de comunistas las SA y quiere reemplazar al Ejército y profundizar la revolución. Bien, hasta aquí nomás llegamos. Acaso podamos preguntar: ¿fue Röhm el Pepe Firmenich de Hitler? O mejor: ¿desatan los líderes fuerzas de choque que luego no pueden controlar? ¿Le pasó esto a Perón con los Montoneros?

Hitler era joven y bravucón. Agarró una Luger y él, en persona, arrestó a Röhm. Luego desató la im-pre-sio-nan-te masacre nacional conocida como "la noche de los cuchillos largos". Fue una carnicería que consolidó su poder irrefutablemente. A los cuadros de las SA que sobrevivieron los incorporó al Ejército. A Röhm le envió una pistola para que se suicidara. Röhm, que nada lo hacía fácil, no se suicidó y hubo que acribillarlo.

Perón, en el '73, no pudo controlar su ala dura. No era joven ni era bravucón. Quiso hacer el Pacto Social, pero Firmenich le mató a Rucci. Quería unir a los argentinos ("para un argentino no debe haber nada mejor que otro argentino"), pero lo sostenía a López Rega, que armaba la Triple A y ya en el '73 intenta asesinar a Hipólito Solari Yrigoyen. Quiere una economía para el mercado interno y lo llama a Gelbard, quien es, para la izquierda peronista, un burgués enemigo y para los milicos y los que darán el golpe del '76 un comunista subversivo. Al final, incapaz de resolver todas las contradicciones que había desatado desde el exilio, se muere. Fue el 1º de julio de 1974, yo había llegado a Córdoba para dar una charla en la Facultad de Sociología y... Y esa noche un barman triste –tan triste y sombrío como ese día estaba este país– negó, basándose en la muerte de Perón, la mismísima existencia de Dios. Y, como si fuera poco, eso que le dije al flaco que me llevó al Sussex en su Citroën destartalado, resultó pavorosamente cierto: todo lo que vino después fue peor.

“Perón es parte del pasado”

POR JOSE NATANSON

“Hoy en día Perón significa más en el recuerdo de los antiperonistas que en el recuerdo de los peronistas”, sostiene Ricardo Sidicaro, sociólogo, autor del libro *Perón. Los nombres del poder* (Fondo de Cultura) y del ensayo *Los tres peronismos* (Siglo XXI), en un reportaje con **Página/12** en el que analizó la vigencia de la figura del ex presidente a 30 años de su muerte.

–¿Qué significa hoy la figura de Perón?

–Perón es parte del pasado. Los 30 años que Perón lleva muerto hacen evidente que está lejano. Como figura política su presencia sobrevivió un tiempo, pero en estos días ha perdido vigencia. Perón murió dos veces: en el ’74, y años después, a medida que su figura fue desapareciendo. Los peronistas lo recuerdan con afecto, pero aprendieron a reconocerle defectos. Y los más graciosos son aquellos antiperonistas que se enfurecen hasta por la simple mención de su trayectoria. Tiene algo de mito maléfico. Hoy en día significa más en el recuerdo de los antiperonistas que en el recuerdo de los peronistas. En 1983, los peronistas creían que Perón era como el Cid Campeador, que iba a seguir ganando batallas después de muerto. Ya no.

–¿Qué es el peronismo? ¿Un partido? ¿Una doctrina? ¿Una cultura política? ¿Un recuerdo difuso?

–Es una identificación muy general de los sectores populares que reconocen en el peronismo un pasado beneficioso, el momento de incorporación a la vida política. El peronismo no es ni siquiera una identidad política. Es una identificación amplia y general, que hace que los sectores populares se conecten con una cierta tradición de la política.

–¿No hay una esencia del peronismo?

–No. Perón y los peronistas nunca creyeron que existiera. Perón siempre tuvo un pensamiento estratégico y situacional, que evaluaba las condiciones en las que tenía que operar políticamente. El peronismo no se orienta por una creencia sobre sí mismo.

–¿Hay una mecánica peronista?

–Sí. Se trata sobre todo de ciertos criterios sobre cómo se ejercita el poder. Emana del carácter populista, de la idea de que los jefes coordinan y dirigen y van a contar con los seguidores, aunque ellos no entiendan bien de qué se trata. Si se piensa en la trayectoria de Perón, se puede afirmar que existieron dos grandes etapas en su vida política. La primera es la de artífice del nuevo movimiento político, cuando se afianzó el Estado intervencionista que habían comenzado a crear los conservadores. Le incorporó un contenido social reformista inaceptable para algunos actores de la época, que sin embargo terminaron aceptándolo: la Sociedad Rural Argentina en 1951 adhirió a la reelección de Perón y el diario *La Nación* fue peronista entre 1952 y 1955. Perón había girado a posiciones más conciliadoras con los intereses económicos y las inversiones extranjeras. Se consideraba que iba a gobernar muchos años y entonces convenía aceptarlo. En 1955, con la Libertadora, abandonó el país, a pesar de contar con una relación de fuerzas militares a su favor.



–El argumento era evitar la confrontación.

–Es lo que siempre dijo. El salvajismo que prenunciaban los bombardeos creó una situación a la que Perón decidió no responder. A partir de allí Perón cambió, dejó de ser lo que fue. Pareció querer dejar la política. Volvió a la carta que le había escrito a Evita el 17 de octubre de 1945, cuando le dijo que estaba dispuesto a dejar todo. En 1955 tenía 60 o 62 años, no se sabe. Se fue de la Argentina. Recorrió las dictaduras que lo pudieron asilar: Paraguay, República Dominicana, Venezuela, y terminó en España. Mientras, se fue convirtiendo en un referente en disputa de fracciones que trataban de buscar su visto bueno o la legitimidad que podía darles. Era un objeto que todos se trataban de apropiar, pero ya conducía muy poco.

–Pero volvió.

–Claro. Lo intentó en 1964, pero los norteamericanos bloquearon su llegada en Brasil a pedido del gobierno argentino. Perón aceleró el discurso antiimperialista, con la idea de las revoluciones del Tercer Mundo, la idea de Cooke de que Perón tiene que mudarse a Cuba. Pero los sindicatos se habían emancipado, los neoperonistas creaban sus partidos.

Las órdenes que daba Perón iban a la rastra de iniciativas que tomaban otros. Recién con Onganía apareció la posibilidad de encontrar un nuevo protagonismo. Los Montoneros le ofrecieron la idea de la lucha armada, algunos sectores militares proponían alianzas y la Unión Cívica Radical del Pueblo fue a buscar el diálogo. Así apareció el Perón de la concertación.

–¿Era un momento diferente?

–Sí. Los sindicatos tenían autonomía, los empresarios tenían sus intereses, la juventud iba con sus propias ideas. Trató de orquestar algo que estaba predestinado al fracaso. Para recuperar el gobierno había sumado un consenso con el que no se podía gobernar, mientras se aceleraba la conspiración que terminó en el golpe. Era otro momento. Ya no había un Estado fuerte que subordinara a los sindicatos, Perón tenía que hablar con actores que tenían sus propios proyectos. En el ’46, si los sindicalistas tenían proyectos propios los metía presos. En el ’73 ya no podía hacerlo. Tenía que pactar. La complejidad de la sociedad argentina era otra. Se había modernizado.

–Como resultado del proceso que él mismo había desatado veinte años antes.

–Sí, que él inició y que luego se profundizó. En una sociedad agraria, rudimentariamente industrializada, con sindicatos no constituidos y un Estado fuerte, Perón era el factor decisivo. La del ’73 era una sociedad compleja en términos de sectores sociales, con un Estado débil y en un mundo más complicado. El Perón que muere en el ’74 es un Perón desdibujado, desgarrado entre las luchas internas de quienes lo habían construido como un jefe que en realidad ya no mandaba.

El fantasma de Perón

POR EMA CIBOTTI *

Recordar a Juan Domingo Perón en el trigésimo aniversario de su muerte es una forma de desandar el camino de la historia vivida en el último medio siglo. Esta evocación implica las memorias de por lo menos dos de las tres generaciones de conciudadanos adultos que conviven hoy en el suelo argentino. Pero, además, también implica a todos los que nacieron mucho después del fallecimiento de quien fue elegido tres veces presidente de la República, porque el liderazgo que Perón creó le imprimió características a las prácticas políticas argentinas que todavía persisten con fuerza.

La expresión del caudillo que ha quedado más grabada en la retina pública es la última, la del viejo general que enfundado en su traje civil de “león herbívoro” alzaba sus dos manos en señal de abrazo comprensivo. Sin duda, ésa es una imagen inofensiva, pero es la menos adecuada para comprender el sentido que tuvo su paso por el poder. Este último Perón, que no quiso sucesores, regresó para morir cargado con las insignias y las glorias de un pasado más lejano, de un tiempo, hoy poco evocado, pero que lo conoció bien de cuerpo entero, y sobre el que resulta preciso volver para explicar lo que dejó. Vayamos por partes.

En 1945, el líder de los trabajadores era un general. Un militar que, como señala agudamente el historiador H. S. Ferns, concebía el poder como mando. Durante sus dos primeras presidencias, Perón jamás admitió el juego de la oposición, en la medida en que ello indicaba que existía gente que escapaba a su control. Obviamente, este perfil castrense no podía ser imitado por sus sucesores, todos militantes salidos de la arena del partido civil que construyó desde el Estado. Tampoco tuvo continuidad su política de recompensas o, mejor dicho, la capacidad que tuvo, gracias a un Estado con las arcas llenas, de repartir beneficios no sólo a un limitado número de personas sino a todo el mundo, y convertirse, según Ferns, en un “maestro de la recompensa”, sin émulo posible en la historia argentina.

Si esto no se repite, ¿qué ha quedado de Perón en nuestros días? Veamos.

Usualmente se define al peronismo como nacional y popular, pero casi nunca se resalta el carácter federal con el que Perón lo proyectó. Y es justamente el alcance federal de su máquina electoral lo que todavía hoy le permite al peronismo imponerse en las urnas o bloquear desde la oposición legislativa la política del oficialismo de turno. En un agudo y profundo estudio (E. Calvo y J. M. Abal Medina, *El federalismo electoral argentino*, INAP/Eudeba, 2001), los autores Edward Gibson y Ernesto Calvo arrojan luz sobre esta cuestión. Para ambos, esta invulnerabilidad electoral, suerte de “ley de hierro” de la política argentina, nació del hecho de que mientras el partido radical se afincaba en los grandes distritos electorales, Perón nunca desaprovechó los pequeños y medianos distritos, aun cuando para ello tuviese que realizar alianzas con los viejos sectores conservadores que los dominaban. Para lograrlo, modificó la Constitución de 1853 de manera sustancial y en este aspecto no hubo posteriormente marcha atrás. En efecto, la Constitución de 1949 cambió la fórmula de 1853 por la cual se asignaba una representación aritmética, o sea proporcional al número de habitantes por provincia, a los representantes elegidos para la Cámara de Diputados. Perón estableció un piso de 2 diputados por provincia, más allá de la población de cada una, con lo cual favoreció a las provincias despobladas, hasta ese momento en manos de los caudillos conservadores. La pérdida de la proporcionalidad directa tuvo entonces un sentido político y electoral. Las oligarquías provinciales y sus caudillos querían participar de los recursos económicos que tenía el Estado, y Perón usó los préstamos, subsidios y proteccionismo económico como mecanismos de cooptación. Pero además provincializó los territorios nacionales, de manera que, antes de su derrocamiento en 1955, ya había 21 jurisdicciones con derecho a la representación legislativa, en lugar de las 14 iniciales en 1853.



Paradójicamente, sobre los pasos de Perón pisaron Lanusse primero y Bignone después. Ambos elevaron el número base de diputados, el primero lo fijó en 3, el segundo en 5. La razón fue una sola: dar más control a los partidos conservadores provinciales para que frenasen el avance del peronismo en la Cámara de Diputados. El resultado fue exactamente el opuesto al buscado pues el peronismo, aun sin Perón, había aprendido a formar coaliciones con los partidos provinciales.

El resultado es que hoy aunque el 70 por ciento de la población del territorio nacional se concentra en 5 jurisdicciones (provincia de Buenos Aires, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y Mendoza), éstas no reúnen la mitad de los asientos en la Cámara de Diputados. La mayoría en la Cámara baja la dan así los distritos medianos y pequeños, aun cuando sólo sumen el 30 por ciento de la población nacional. En la Cámara de Senadores sucede otro tanto, pero no por designio de Perón sino de acuerdo con la Constitución de 1853, que les asignó a las provincias la misma representación, hoy 3 senadores para cada una de las 24, de acuerdo con la Reforma de 1994.

En definitiva, esta sobrerrepresentación legislativa de las provincias menos pobladas es la causa de esta suerte de alquimia electoral por la cual, a veces, el que pierde gana, y reconoce en la fórmula acuñada por Perón un impulso inicial que no terminó allí. En efecto, como señalan Gibson y Calvo, durante su primera presidencia, Perón reformuló el programa federal de recaudación fiscal que hasta ese momento transfería los recursos a las provincias también de manera proporcional. Perdida la proporcionalidad, la transferencia de recursos favoreció a las provincias más pobres y despobladas en detrimento de las de la zona pampeana. Este esquema de coparticipación fuertemente redistributivo hoy sigue siendo la principal fuente de recursos económicos para las provincias del interior y de poder político para sus gobernadores, en general, reelegidos por poblaciones cada vez más pobres y que sufren índices de pauperización crecientes.

Más que en la imagen del acuerdo, la sombra de Perón se proyecta en los problemas no resueltos de la política argentina y que se expresan, por ejemplo, en la discusión sobre la coparticipación federal que, aunque no ocupe cotidianamente la tapa de los diarios, sigue siendo la fuente de conflictos más grande que debe enfrentar el gobierno actual.

* *Historiadora, autora de* Sin espejismos: versiones, rumores y controversias de la historia argentina. *Aguilar, 2004.*

Historia y memoria de Perón

POR AURORA RAVINA*

"En este país se nace radical o se nace conservador. Yo nací orejudo. Mi padre era orejudo, y mi abuelo era orejudo. Pero yo no voy a ser orejudo, que son menos; voy a ser radical, que son más." Bonifacio del Carril recordaba, en 1984, en un fragmento de lo que llamó sus "memorias dispersas", estas palabras de Perón vertidas en el curso de una conversación sostenida con él en la Secretaría de Guerra, en diciembre de 1943.

Agregaba Del Carril: "Han pasado cuarenta años. Perón ha muerto, los peronistas son menos, los radicales son más (¿hasta cuándo?). De los orejudos nadie se acuerda. Por lo que atañe al párrafo de Perón, tenía muy en claro los cambios ocurridos en la dinámica social del país, no ya desde el golpe de 1930, en el que había participado como joven oficial, sino desde 1916, en que, con la ley Sáenz Peña, el radicalismo había llegado, finalmente, al poder".

En cuanto a las palabras de Del Carril, el triunfo radical de 1983 no le escondía a su larga experiencia en materia de historia y política del país, que el peronismo había sufrido una derrota, pero no había perdido la guerra y que, a sólo diez años de su muerte, Perón seguía proyectando luz desde detrás de la escena.

Nacido en 1895, Juan Domingo Perón abrazaría la carrera militar hasta alcanzar el grado máximo, teniente general. Capitán en 1930, había ascendido a coronel cuando integró el GOU y promovió y actuó en el golpe de 1943. Lo seducía el poder y, de un modo u otro, se quedó con él para siempre. Desde entonces nada sería igual; si el proceso histórico de los años '30 muestra los cimientos de una situación política, económica y social que luego capitalizaría Perón, ello no disminuye el fenómeno de agrupación de fuerzas que él supo consolidar ni oculta la aparición de un proceso de antagonismos acérrimos que acompañaría al país hasta el día de hoy.

Secretario de Trabajo y Previsión, ministro de Guerra y vicepresidente de la Nación, los cargos que ejerció durante el gobierno de facto dan la medida de sus ambiciones y de la estrategia desplegada para transformarse en el hombre indispensable, que en última instancia –y hasta con elecciones impecables mediante– sería dueño de todo el poder. Tanto como para ser tres veces presidente de la República. La tercera, aun después de ser derrocado por un golpe de Estado y mediando dieciocho años desde la segunda. Casi cuatro lustros en que desde la distancia del exilio siguió conduciendo a los suyos –los de la primera hora y los que levantaron su bandera en años posteriores– con el carisma de siempre.

Construyó su figura de conductor a partir de la matriz prusiana de su formación militar y de las conclusiones obtenidas de su paso por el Viejo Continente entre 1939 y 1941, donde la observación de las experiencias de movilizaciones de masas, de organización del Estado y de manifestación de los liderazgos que se daban allí fueron para él una lección política inolvidable. Diría de él mismo, mucho después: "Que era un profesional en la conducción porque eso es lo que he estudiado toda mi vida".

Con la misma paciencia y constancia fue elaborando un cuerpo de doctrina, que concentró en sus manos cada vez más poder y lo confirmó como el líder por antonomasia. La reforma constitucional de 1949 agregaría en su parte orgánica, como un recurso más de esta concentración, la habilitación de la reelección presidencial.

Si los cambios económicos y sociales efectivamente consagrados por la acción, sobre todo, del primer gobierno de Perón: los avances de la industria, la redistribución del ingreso, el estatuto constitucional de los derechos de los trabajadores, la ayuda social extendida, sinprecedentes en el país y la incorporación de las masas a la vida política abonaron sin fisuras una memoria favorable al peronismo, los controles ejercidos sobre la participación política de la oposición, sobre los medios de comunicación o sobre la educación, alimentaron un proceso de antagonismos que acabaría por truncar la segunda presidencia y por nutrir otra memoria del peronismo plagada de sinsabores, rencores y repudios a la figura de Perón y de su régimen.

La antinomia sería para siempre. Caído Perón en 1955, ninguna solución fue eficiente para resolver el problema de la integración de todos, sin exclusiones, en la vida de la Nación. Convertido en un mito cuando aún estaba en el poder, Perón se ocuparía de que nadie dudara de quién era el líder. Los que pretendieron disputar su conducción pagaron el más alto precio por el intento y los jóvenes de los años '70 que confiaron en él y se atrevieron a interrogarlo por sus decisiones políticas fueron expulsados del paraíso. Dejó un único heredero: el pueblo. Pero ¿quién era el pueblo?

A treinta años de su muerte la pregunta puede reiterarse y la respuesta no parece fácil. Entre tanto, la dicotomía no ha desaparecido. Tanto, que hasta puede ocurrir lo que un reciente recital donde la música y las canciones despertaron recuerdos y alguien, con fervor y nostalgia, gritó: ¡Luche y vuelve! Desde el otro extremo del auditorio, otra memoria, sin duda diferente, de la vuelta de Perón y de su comitiva íntima marcó la respuesta: ¡Dios nos libre!

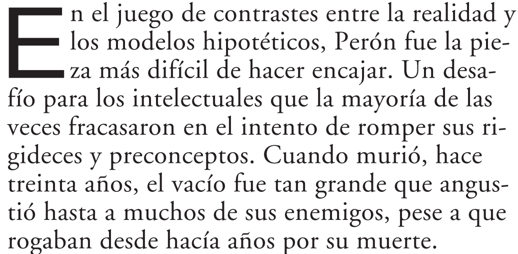
** Historiadora. UBA/Conicet/directora de las colecciones de historia de **Página/12**.*

La pieza difícil

POR LUIS BRUSCHTEIN

En el juego de contrastes entre la realidad y los modelos hipotéticos, Perón fue la pieza más difícil de hacer encajar. Un desafío para los intelectuales que la mayoría de las veces fracasaron en el intento de romper sus rigideces y preconceptos. Cuando murió, hace treinta años, el vacío fue tan grande que angustió hasta a muchos de sus enemigos, pese a que rogaban desde hacía años por su muerte.

Las pequeñas explicaciones de la mayoría de los intelectuales no daban cuenta de ese enorme vacío ni podían concebir sus consecuencias. ¿Cómo podía ser ese vacío tan grande, si lo había dejado una persona tan alejada de los modelos hipotéticos imaginados para ese efecto? Era duro reconocer que ese efecto fuera producido por la desaparición física de alguien con quien no se coincidía. Lo paradójico es que no se trataba tan sólo de reconocer las emociones ajenas, la conmoción masiva, sino también la propia sensación de angustia que no reconocía diferencias en el momento de enroscarse en el estómago propio y de lanzar preguntas sobre el futuro que sólo anunciaba respuestas agoreras.



El día de la muerte de Perón y la forma sobrecogedora como la sociedad expresó su duelo, no sólo por el dolor, sino también por el miedo y la desolación con que se miró al futuro, fue quizá cuando más se pudo constatar la limitada visión de la realidad que tenían esas explicaciones. Así como la cortedad de las acciones políticas que se deducían de ellas y que apuntaban a futuros épicos o ideales pero eran incapaces de asumir los fenómenos concretos que muchas veces obligan a coincidir con quien se disiente menos.

Esa gran conmoción que produjo la muerte de Perón no implica que el anciano líder tuviera la razón en todo, pero sí pone en evidencia que menos razón tenían quienes no supieron entender el fenómeno que expresaba. Por lo menos no podían entender lo que pasaba con la mayoría del país, incluyéndolos a ellos mismos.



Y desde ese malentendido básico es difícil actuar con algún acierto en política.

Lo cierto es que en ese momento chocaban proyectos enfrentados en el seno del peronismo, chocaban proyectos opositores desde fuera del peronismo con el gobierno y como gran telón de fondo estaban los golpistas, la derecha y una fuerte presión internacional por instalar el modelo rentístico financiero de endeudamiento. No era una conspiración diabólica internacional sino el conflicto de intereses económicos, cuyo desarrollo muchas veces tiene consecuencias peores que las conspiraciones diabólicas.

Resulta paradójico recordar esa gran conmoción por la muerte de Perón y recordar también que, en contraste, durante los últimos tiempos de su gobierno, había sido un hombre solitario, en un sentido político: los peronistas estaban enfrentados entre sí y la oposición enfrentaba al gobierno. Y la derecha golpista maniobraba en todos esos enfrentamientos, exacerbándolos, profundizándolos, mimetizándose en todos los bandos enfrentados.

Tras la muerte de Perón, aquel día hace treinta años, es probable que muchos sintieran que habían metido la pata. Ahora resulta más fácil todavía hacer ese balance de coincidencias y diferencias y compararlo con los resultados del golpe y la dictadura. Sin duda, lo peor era el golpe, esa presencia gris que se hizo tan ominosa el día de la muerte de Perón.

Como el pasado no se puede modificar, se mira hacia atrás para sacar conclusiones que impidan la repetición de errores en el presente y el futuro. El golpe del '76 ya no se puede impedir. Pero muchos de los reflejos de aquel escenario chisporrotean todavía en los modos actuales, sobre todo en la tendencia a los climas que permiten la mezcla indiferenciada de intenciones, la no reflexión sobre los adversarios reales que se eligen y la generación de antagonismos no medidos y hasta secundarios. Y esos climas se expanden y se convierten en situaciones suicidas para la sociedad.



Julio de 1974. El masivo entierro de Perón, después de días de capilla ardiente en el Congreso y largas colas para verlo por última vez.



Perón-Proteo

POR MIGUEL BONASSO

"El General Perón, figura central de la política argentina en los últimos treinta años, murió ayer a las 13.15. En la conciencia de millones de hombres y mujeres, la noticia tardará en volverse tolerable. Más allá del fragor de la lucha política que lo envolvió, la Argentina llora a un Líder excepcional."

Han pasado otros treinta años desde que Rodolfo Walsh escribió estas líneas para la tapa del diario *Noticias* y ya sabemos, desde hace mucho, que todos los presagios funestos acuñados aquel 1º de julio de 1974 se cumplieron con largueza: la Argentina conoció la noche de lobos del genocidio, y el Estado benefactor creado por Perón en los '40 fue derruido para dar paso a la selva neoliberal, a la virtual extinción del *homo faber* nacido de la cultura del trabajo.

El Partido Justicialista, que había escrito el prólogo laborista con el joven coronel del '45, escribió el epílogo neoliberal con el Converso de Anillaco. Si semejante contrasentido pudo ser posible fue, en gran medida, debido a las debilidades y contradicciones intrínsecas del movimiento de masas más grande de América latina. El Perón del final, recostado sobre la derecha lopezreguista, desviado del "centro del dispositivo" que ocupó durante los mejores años de su conducción estratégica, entreabrió la puerta a futuras desviaciones que desvirtuarían la esencia nacionalista y popular de su doctrina.

Pero este final, que en gran medida lo alejó del sentimiento de las nuevas generaciones de militantes (lo que no ocurrió con Evita), no debe llevar a calificaciones históricas inapelables. Las ocho líneas que Walsh escribió en el anochecer del 1º de julio de 1974 conservan prodigiosa vigencia. "Más allá del fragor de la lucha política que lo envolvió..." Acallado el fragor, merced al enfriamiento natural que suponen las tres décadas transcurridas desde su muerte, se van creando las condiciones propicias para un balance objetivo, opuesto a las etiquetas que suele prodigar el canibalismo político de los argentinos.

Juan Domingo Perón es, probablemente, la figura más proteica de nuestra historia, la arcilla que mejor se adapta a los anhelos y los odios de las distintas clases sociales. Su reconocido pragmatismo, que Menem malversó atribuyéndole un servilismo hacia el imperialismo yanqui que el viejo líder nunca tuvo (ni siquiera en el final), facilitó esa condición proteica de su conducción y la convicción –bastante apropiada– de que hubo un Perón distinto para cada etapa histórica. El que mejor distribuyó la riqueza en los años dorados de la primera presidencia; el que rehuyó el combate decisivo con la oligarquía que hubiera radicalizado el proceso histórico en 1955; el referente máximo de los 18 años de resistencia; el que puso el cuero el 17 de noviembre de 1972, pero no supo o no quiso abrirle un cauce político a la generación que se jugó la vida para traerlo de regreso.

Sin embargo, más allá del claroscuro, del debe y el haber del balance, su prodigiosa vigencia (que muchos utilizan iconográficamente como pabellón que cubre cualquier mercancía) conduce a una reflexión insoslayable: su ya lejano paso por el poder sigue siendo evocado como la Arcadia perdida por millones de argentinos explotados y excluidos. Una justa percepción que se explica por logros nunca repetidos:

■ La participación del trabajo en el 50 por ciento del ingreso nacional.
■ El ingreso de los trabajadores y las mujeres a la escena política.
■ La puesta en ejecución de las leyes laborales que proponían los socialistas y nunca se llevaban a la práctica durante los gobiernos conservadores.
■ La reafirmación de la soberanía nacional con numerosas políticas del primer gobierno, como la creación –entre otras empresas públicas– de la Flota Mercante, el desarrollo de Aerolíneas, el control del comercio exterior, la cancelación de la deuda externa y la negativa a integrar el Fondo Monetario Internacional.
■ Una dinámica sin precedentes en el desarrollo social, con la creación de miles de viviendas, escuelas, policlínicos y hogares de niños y ancianos.
■ La creación del fuero laboral y los distintos Estatutos gremiales, como el del peón de campo.

Pero, sobre todo, la conciencia de la propia dignidad ofendida por los gobiernos de la Década Infame. Un supremo valor ético y cultural que aún perdura en los trabajadores desocupados, a pesar de la devastación social perpetrada por el proyecto neoliberal. Esos valores, cuestionados por otros partidos (el radicalismo, la izquierda, la derecha liberal) y traicionados por no pocos dirigentes justicialistas, sobreviven a las propias contradicciones del ciudadano Juan Domingo Perón. Pesan más que los errores y arbitrariedades que sin duda cometió, incluso en su segundo gobierno. Permiten repetir, treinta años más tarde, la síntesis inmejorable que escribió Rodolfo Walsh cuando el viejo general acababa de dejarnos, sometidos a las asechanzas del futuro que ya fue.

